

MARIO LUCIOLLI

EL CONDE DE CAVOUR Y LA
UNIDAD ITALIANA

I

LOS HISTORIADORES llaman "Risorgimento" —es decir "resurgimiento"— al proceso de unificación política de Italia en el siglo XIX.

Obviamente, el Risorgimento se coloca en el cuadro del movimiento liberal del siglo XIX y, al mismo tiempo, es parte del proceso de formación de los grandes estados nacionales. Tiene, sin embargo, ciertas características propias. En el primer aspecto, por ejemplo, se distingue del proceso de unificación de Alemania por haber sido el producto de fuerzas más genuinamente liberales y, por lo tanto, por haber dado lugar a una organización estatal menos sujeta a la influencia de elementos tradicionalistas y autoritarios. En el segundo, se distingue del proceso de unificación de Francia y de España, que se desarrollaron mucho antes y en un clima histórico distinto.

Mucho se ha discutido sobre las razones por las cuales Italia no llegó a formar un gran estado nacional al mismo tiempo que Francia o España. No es este el lugar para hablar de esas razones, pero podemos afirmar que al comienzo del *Evo Moderno*, a pesar de la persistente división política y de la dominación extranjera en muchas de sus regiones, Italia también adquirió ciertas características definidas y la conciencia de su unidad básica, por la cual, desmintiéndose un dicho famoso del Príncipe de Metternich, cuando se dice "Italia" no se usa solamente una expresión geográfica.

Hay muchas explicaciones de esta unidad básica. Las buscaríamos en vano en la historia romana, porque Roma fue un imperio universal, emanación de una *pólis*, es decir de un estado-ciudad, y polarizado alrededor de ella, así que Italia no es heredera de Roma más de lo que pueden serlo Francia o España y, a través de esta última, cualquier país de América Latina. Pero sí podríamos buscarla

en la historia del bajo Medio Evo y del comienzo del Evo Moderno, cuando, con la formación de lenguas y de literaturas vulgares, es decir desprendidas de la común matrix latina, y con la intensificación de las relaciones culturales y de los comercios dentro de las principales áreas geográficas europeas, en cada una de ellas, en Italia también, se anduvo formando lo que ya entonces se empezó a llamar la "nación".

Más tarde esta Italia, una y dividida al mismo tiempo, experimentó y enriqueció con un contributo propio, por parte de muchos filósofos, juristas y economistas, el movimiento reformador del siglo XVIII. Fue alcanzada casi en su totalidad por las consecuencias de la Revolución Francesa, tanto por lo que se refiere a la abolición de las instituciones feudales cuanto por haber estado bajo la sujeción, directa o indirecta del dominio napoleónico (en efecto, solamente las dos islas mayores, Sicilia y Cerdeña, escaparon a ese dominio y han sido refugio respectivamente de los Borbones de Nápoles y de los Saboya de Turín). Finalmente, fue sometida a la restauración de las dinastías legítimas y vio aumentar la influencia de Austria, que se hizo dueña de Venecia además que de Milán y protectora, más o menos oficial, de la mayoría de los estados italianos.

Dentro de este marco común, había una enorme variedad de situaciones políticas, de condiciones económicas y sociales, de tradiciones históricas, etc. Y, dentro de esta variedad, el estado que tendrá la suerte de ser el principal artífice de la unidad italiana era heterogéneo en sí mismo. Lo llamamos generalmente Piamonte porque Turín es su capital y su centro de gravedad geográfico. Sin embargo, no era ni siquiera enteramente italiano porque uno de sus principales elementos constitutivos, la Saboya, cuna de su dinastía, estaba al otro lado de los Alpes y era, de idioma y de espíritu, francesa. Desde 1718 le pertenecía también la isla de Cerdeña, que le daba su nombre oficial: Reino de Cerdeña. Finalmente, después del Congreso de Viena, había incorporado también la Liguria, es decir, el territorio de la antigua y gloriosa república de Génova. La mayoría de su clase dirigente, piamontesa y saboyarda, era aristocrática, conservadora, de mentalidad provinciana. Su clero era formalista y reaccionario. Su población, en gran parte montañesa y con temperamento de montañeses, parecía refractaria a cualquier impulso idealístico.

Sin embargo, los piamonteses poseían (para decir así) las cualidades de sus defectos. Eran honestos, realistas, trabajadores, valientes, patriotas sin retórica. Tenían un buen ejército y una burocracia eficiente e incorruptible. Esos mismos aristócratas, tan celosos de sus privilegios, no habrían levantado un dedo para ahorrar a sus hijos el deber de arriesgar la vida cuando el estado está en guerra. Ade-

más, la planta de la inteligencia y de la cultura podía criarse en Piemonte igual que en cualquiera otra parte de la península y, en efecto, son piemonteses unos de los intelectos italianos más destacados del siglo XVIII, entre ellos Vittorio Alfieri.

Un observador superficial no habría sospechado que ese país de *bougia nen* (como algunos suelen llamar a los piemonteses, con dos palabras de su dialecto, que significan: no te muevas) daría el impulso decisivo a la revolución liberal y a la unificación política de la península. Pero un observador más agudo se habría dado cuenta que esa estructura estatal tan robusta, ese respeto de la autoridad y de la ley, esa repugnancia hacia los extremismos podían ofrecer a la libertad un pedestal más firme que el culto entusiasta de principios abstractos.

En ese estado, pequeño y heterogéneo, el menos italiano de los estados de la península, y en su capital, Turín, ciudad infinitamente menos rica de historia y de tradiciones artísticas que Roma o Florencia o Venecia, el 10 de agosto de 1810, cuando el estado estaba ocupado por Francia y cuando Turín no era nada más que la capital de un departamento francés, nació Camillo Benso, Conde de Cavour.

II

En Italia también (para usar las palabras con las cuales Benedetto Croce abre su *Historia de Europa en el siglo XIX*) "al término de la aventura napoleónica, desapareció aquel déspota genial de la escena, que entera ocupaba... , se encendían esperanzas y surgían anhelos de independencia y de libertad".

Entre el Congreso de Viena y 1848 se registró en Italia una fermentación política aún más intensa que en otros países europeos. Hubo un resurgimiento del espíritu reformador del siglo XVIII por un lado, y del espíritu jacobino por el otro. Hubo, sobre todo, en las fuerzas armadas y en las profesiones liberales, quién recordaba con nostalgia el período napoleónico, no solamente por interés personal sino también por las conquistas civiles que había traído y que la restauración había borrado en gran parte. Hubo, en las *élites* intelectuales, en una parte importante de la burguesía y hasta en una fracción del pueblo, una clara aspiración hacia la independencia y la libertad. Hubo, a consecuencia de todo esto, peticiones de reforma, conspiraciones, levantamientos, sobre todo en 1820-21 y 1830-31, y las correspondientes reacciones de los poderes establecidos.

En este fermento político se reconocen corrientes ideales diversi-

simas, diversamente mezcladas, difícilmente catalogables, pero que todas pueden reconducirse a dos. Desde el punto de vista teórico se distinguen por ser inspiradas respectivamente por el ideal democrático y el ideal liberal, es decir, por las ideas racionalistas, del pensamiento, sobre todo francés, del siglo XVIII y por la superación de esas ideas, que se está empezando a hacer, sobre la base de la experiencia y de la filosofía más moderna.

Sus finalidades son conforme a sus respectivos orígenes ideológicos. La corriente democrática se propone realizar la república popular, basada sobre el sufragio universal y con el repudio de todos los valores y de todas las instituciones tradicionales y repite, en una u otra forma, los entusiasmos de los revolucionarios del siglo XVIII, ingenuamente convencido de la congénita bondad del hombre y anhelantes de modelar la sociedad sobre un esquema abstracto. La corriente liberal, aun antes de llegar a tener conciencia de la justificación teórica de sus actitudes, es pragmática, tiene finalidades más limitadas y variadas, no rechaza por principio ninguna solución, en otras palabras acepta como un ineludible castigo del ser humano la incapacidad de distinguir de antemano las formas concretas en que se realizará su propio ideal.

Las dos corrientes se distinguen también en sus métodos. En un caso: sociedades secretas, insurrecciones, llamamientos al pueblo. En el otro: reformas, cooperación con los elementos más avanzados del sistema político vigente y (como escribe Massimo D'Azeglio) "conspiraciones a la luz del día, con el propio nombre escrito en la frente de cada uno".

En principio la corriente revolucionaria es la más activa. La solidez aparente del orden establecido crea el convencimiento de que se necesitan medios violentos para llegar a resultados prácticos; y el apostolado mazziniano parece sólo capaz de inspirar la abnegación necesaria para emprender una obra que la razón renunciaría como irrealizable.

Hace falta una larga y sangrienta serie de fracasos para que las dudas sobre los medios escogidos por la corriente democrática fortalezcan la corriente que se llamará "moderada". Esta, hasta cierto punto, se confunde con el neoguelfismo, es decir, con el movimiento que ve en el Papa el demiurgo de la independencia italiana y que, en base a una presunta primacía católica italiana, afirma una ilusoria primacía política italiana. Sin embargo, y por extraño que esto pueda parecer, el neoguelfismo se parece más a la corriente democrática que a la liberal o moderada propiamente dicha. En efecto, con la liberal

tiene en común solamente una disposición inicial a buscar un enlace entre el concepto moderno de la libertad y los valores tradicionales. Con la democrática tiene en común las aspiraciones demiúrgicas y el carácter místico, moralizante y utópico. No es, por lo tanto, una casualidad que, cuando caen las ilusiones sobre un posible papel determinante del Papa en el proceso unitario, la figura más eminente del neoguelfismo, Vincenzo Gioberti, se transforme en uno de los elementos más activos e intransigentes de la corriente democrática.

Así, con este conjunto confuso de ideas y de propósitos, que no tiene otra amalgama que un común amor por la libertad, que casi cada día registra un fracaso y que deja detrás de sí un cortejo de mártires, víctimas de un sistema que se siente legítimo y que parece inquebrantable, se llega al 1848.

El 1848 es el año en que en toda Europa el impulso revolucionario, generoso en su matrix ideológica, poético en sus expresiones, heroico en sus actuaciones, parece estar a punto de establecer un orden enteramente nuevo y más conforme que cualquier otro a la dignidad del hombre.

Este año revolucionario es Italia que lo abre, con la insurrección de Nápoles del 12 de enero. Después de la revolución de París, que derriba el trono de Louis-Philippe, el movimiento se propaga en toda Europa. Entonces, en Italia también los soberanos, incluido el Papa Pío IX, otorgan una constitución y, además, Piamonte pone, por primera vez claramente, su candidatura a la *leadership* del movimiento de independencia italiano. El Rey Carlo Alberto toma, en efecto, la iniciativa de la guerra contra Austria, para defender Milán y Venecia, que se han sublevado contra ella y han expulsado sus tropas. Obtiene, aunque con muchas reservas, que ambas se declaren en favor de su anexión al Piamonte. Trata de coordinar los esfuerzos de los demás estados italianos, que también han declarado guerra a Austria.

Esta tentativa fracasa rotundamente. A las primeras victorias militares sigue la derrota. A una nueva abertura de las hostilidades, el año después, siguen una segunda derrota y la abdicación de Carlo Alberto.

Entretanto, en las demás partes de Italia, la adhesión que era superficial y tímida, de los soberanos a los principios liberales y a la guerra, ha desvanecido frente a los fracasos militares y a la creciente violencia de la corriente democrática, que no acepta la monarquía constitucional sino como una fase de transición hacia la república popular y que juega la carta revolucionaria.

Poco a poco, con el respaldo de Austria y, por lo que se refiere a Roma, también con el respaldo de Francia, detrás de los soberanos

se acumulan las fuerzas del absolutismo una vez más triunfante y hacen *tabula rasa* de la República Romana de Mazzini y Garibaldi, de la República de Venecia de Manin, de los gobiernos provisionales, de las juntas revolucionarias, de los ejércitos de voluntarios. Sobre la Italia románticamente rebelde de 1848-49 cae la capa de plomo de la reacción.

Sin embargo, precisamente, desde entonces, cuando parecía perdido para siempre lo que seis meses antes se veía al alcance de la mano, Piamonte conquista una posición preminente en el movimiento independentista italiano. Esta conquista es obra de Cavour y de los demás "moderados".

III

¿Qué ha hecho Cavour hasta 1849, en sus primeros 39 años de vida? Raramente una persona ha nacido en una situación más afortunada. Su familia, que, por el refrán escrito en su emblema ("Gott will Recht" "Dios quiere la justicia") se dice haya llegado de Alemania, está establecida en Piamonte por lo menos desde el siglo XII y es de antigua nobleza. Al principio del siglo XIX es todavía bastante rica, muy influyente y provista de las mejores cualidades morales de una típica familia aristocrática piamontesa. Se ofrece, por lo tanto, a Cavour la posibilidad de escoger entre las carreras más brillantes.

Sin embargo, ese joven, aparentemente tan dichoso, no ve delante de sí ningún camino que le parezca satisfactorio.

A los diez años de edad entra en la Academia Militar de Turín, porque, como segundo hijo de una familia noble, la tradición lo llama a la carrera militar. Pero la disciplina de ese ambiente, formalista y que no admite el libre desarrollo de la personalidad humana, no le gusta.

A los catorce años, sin dejar la Academia, es nombrado paje del Príncipe de Carignano, el futuro Rey Carlo Alberto. Este es, ya en aquel tiempo, una figura muy discutida. Como Regente, después de la insurrección de 1821 y de la abdicación de su tío Vittorio Emanuele I, insurrección que él mismo ha fomentado con sus contactos con los revolucionarios, ha otorgado la constitución, pero en seguida después se ha sometido al nuevo Rey, su otro tío Carlo Felice, que le ha ordenado de salir de Piamonte, y que ha revocado la constitución. Poco más tarde ha pedido el honor de ir a combatir en España contra los constitucionales y, como si esta expiación no fuera suficiente, no ha vuelto a Turín antes de firmar una carta con la cual promete al

Rey de no modificar nunca las formas orgánicas de la monarquía. Nadie sospecharía que en 1848 otorgará otra vez la constitución y declarará la primera guerra de independencia. Por el momento su joven paje detesta servirlo y vestir, como dice, "esta librea de lacayo".

Dos años después Cavour, cuando es nombrado teniente del genio, no solamente deja el cargo de paje, sino que es expulsado de la corte del Príncipe, que dice a uno de sus amigos: "El pequeño Cavour ha hecho el jacobino y lo he metido a la puerta".

Pero tampoco el servicio militar gusta a este joven, que los príncipes llaman jacobino y que muy pronto los revolucionarios llamarán reaccionario. En seguida se hace notar por sus discursos arriesgados y por su falta de respeto hacia el orden establecido. La policía lo vigila y sospecha que está en contacto con los revolucionarios. En 1831 es castigado con un traslado a la fortaleza de Bard en el Valle de Aosta. A fin de ese año, cuando termina la punición y lo trasladan nuevamente a Turín, presenta su renuncia.

Con estos antecedentes, la vida civil no le ofrece mucho. La policía sigue considerándolo como un elemento peligroso. Los hombres de su familia (el padre y el hermano mayor) a pesar de tener un temperamento muy tolerante, le reprochan su conducta. Ninguna actividad pública puede ofrecérsele.

¿Quiere esto decir que se hará revolucionario, que se unirá a los jóvenes, generosos y valientes, casi todos discípulos de Mazzini, que tan a menudo desafían las autoridades con empresas tan audaces destinadas al fracaso? Decididamente, no. A pesar de lo que cree la policía, Cavour no es un revolucionario.

Es verdad que una vez en Génova, en un momento de entusiasmo, cuando llegó de París la noticia de la revolución de julio, el joven lugarteniente gritó "Viva la república" y que algunas otras veces se le oyó pronunciar frases incendiarias. Pero se ha tratado de impulsos momentáneos.

El revolucionario es tal porque, frente a una realidad que le repugna, siente un impulso irresistible de luchar contra ella violentamente y, aún cuando la razón le indica que esa violencia es estéril, cree o se sugiere hasta el punto de creer que tendrá éxito. Su revolucionarismo es, entre otras cosas, una evasión, un escape. Cavour no huye nunca de la realidad. Su drama, que es al mismo tiempo su fuerza, consiste precisamente en vivir dentro, en vez que fuera y en contra, de una realidad odiosa y de vivir en ella sin el alivio de creerla modificable con iniciativas heroicas.

A un revolucionario, semejante actitud parece fruto de resignación o de cobardía y, de todos modos, inútil. No sospecha cuán pro-

vechosa puede ser, por el contrario, la vida de ese hombre, mientras se queda al margen de toda actividad política.

A pesar de vivir en un "infierno intelectual" (como él mismo ha llamado el ambiente piamontés) Cavour encuentra rápidamente la manera de agotar su sed de aprender y de actuar.

Su primera fuente de satisfacción es la familia materna, familia de nobles franceses protestantes, establecidos en Suiza desde la revocación del Edicto de Nantes. Muy a menudo, Cavour visita en Ginebra su tío Jean-jacques de Sellon, hombre inteligente, culto, de ideas modernas, y sus primos de la Rive.

Frecuenta también la Legación de Francia en Turín, que, por representar la monarquía de Louis-Philippe está rodeada de antipatías en los ambientes reaccionarios pero atrae a los elementos liberales. Está, naturalmente, en contacto con las figuras más destacadas de la corriente liberal: Balbo, d'Azeglio, Alfieri, etc. Junto con unos de ellos crea, en 1841, el Club del Whist (el whist, como se sabe, es un juego de cartas, antecesor del bridge). El club, formalmente modelado sobre el recién creado Jockey Club de París, tiene indirectamente una finalidad política porque ofrece a los elementos aristocráticos progresistas una oportunidad de encontrarse y de cambiar ideas.

Pero lo que más contribuye a formar la personalidad de Cavour son sus viajes a Londres y París, entre 1835 y 1843. Son viajes a veces muy cortos y a veces prolongados, durante varios meses, pero de los cuales Cavour sabe siempre sacar el máximo provecho. Lo vemos asistir a los debates de los Parlamentos francés e inglés, frecuentar el gran mundo, conversar con los hombres políticos y los escritores más en vista, visitar prisiones y hospitales, escuchar lecciones en las universidades, con una incansable curiosidad de aprender.

Se le abren así horizontes mucho más anchos de aquellos en que se mueven no solamente los reaccionarios y los revolucionarios, prisioneros de sus respectivos dogmatismos, sino también la mayoría de los liberales italianos. Por ejemplo, la experiencia inglesa y sobre todo, por lo que se refiere al funcionamiento del Parlamento y a la política económica, le confiere una superioridad sobre los liberales italianos, que miran casi exclusivamente hacia Francia.

Estas experiencias se reflejan en sus ensayos y artículos de revista, cada uno de los cuales trata un problema concreto. El primero, escrito cuando tiene solamente veinticinco años, es un excelente análisis crítico de la *poor law*, la nueva ley inglesa sobre los subsidios a los pobres. Otro, casi diez años después, trata del comercio de los cereales en Inglaterra, defiende la tesis liberalista y tiene casi un valor profé-

tico porque precede en un año la abolición, por parte de Sir Robert Peel, del derecho de aduana sobre el trigo. El más importante de todos es un estudio sobre los ferrocarriles, como medio de progreso político además de económico.

Veríamos difícilmente a Mazzini u otro revolucionario como él, concentrado en la tarea de hacer triunfar nuevos principios institutivos de la sociedad humana, ocuparse de problemas tan pedestres como los cereales o los ferrocarriles. Con igual dificultad veríamos Mazzini ocuparse de una gran empresa agrícola y, aún más difícilmente, ocuparse de ella con éxito. Pero no nos extraña que Cavour lo haga. Desde 1836 su padre, nombrado Superintendente de Turín, y muy ocupado por su cargo, le ha confiado la administración de las tierras familiares. Cavour se establece en Leri, donde está precisamente la propiedad menos desarrollada, vendida a su familia, solamente, en 1822 por el marido de Pauline Bonaparte, el príncipe Borghese, Gobernador General de Piamonte durante la anexión a Francia. Allí, en esa húmeda llanura casi a mitad de camino entre Turín y Milán, Cavour construye canales de irrigación (uno de ellos sigue hasta hoy llamándose Canale Cavour), desarrolla la cultura del arroz, multiplica el ganado, ensaya métodos nuevos (es el primero en importar a Italia guano del Perú y empieza la fabricación de fertilizantes artificiales) juega un papel decisivo en la actividad de la Sociedad Agraria y, en breve, trata de dar un ejemplo concreto de esa civilización nueva, que se vislumbra detrás de la inevitable revolución liberal. Mientras tanto, se hace muy rico, a pesar de que a veces pierde dinero en los juegos de cartas y en audaces especulaciones de bolsa. Tiene aventuras amorosas. Lee. Estudia. Sigue hablando mal del gobierno.

¿Podría, Cavour, hacer aún más? Sí. Podría, por ejemplo, tomar una parte activa en las reformas que se hacen en Piamonte. En efecto, después de 1831, es decir, desde que Carlo Alberto es Rey, no todo ha sido inmóvil en el Reino de Cerdeña. Las repetidas tentativas revolucionarias de Mazzini, incluida la absurda invasión de la Saboya en 1834, han robustecido las fuerzas reaccionarias en el terreno propiamente político. Pero en el terreno legislativo y administrativo se han hecho algunos progresos importantes, incluida la promulgación de un nuevo código civil, de inspiración napoleónica. Y esta también significa trabajar para dar una base firme a la libertad futura.

Sin embargo, mientras que Carlo Alberto sea Rey absoluto, no puede cooperar con él su antiguo paje, que él ha "metido a la puerta" en 1826. Cavour tiene que esperar el 1847, es decir, las primeras medidas en favor de la libertad de prensa, para hacer oír su voz (y lo

hará a través del diario "Il Risorgimento") y tiene que esperar el 1848, es decir, la constitución, para entrar de pleno derecho, con la elección a diputado, en la vida política. Es (¿quién podría dudarlo?) partidario de la guerra. Pero, en 1849, nadie mejor que él entiende lo que la derrota ha enseñado a Italia.

IV

El año 1849 abre lo que los historiadores llaman "el decenio de preparación" porque, cuando termina, el proceso de unificación de Italia entra en su fase decisiva: 1859, segunda guerra de independencia y anexión de Lombardía, de los dos pequeños ducados de Parma y de Módena, de Toscana y de Emilia; 1860, expedición de Garibaldi y anexión de Italia del Sur y de Italia central, a excepción de Roma; 1861, proclamación del Reino de Italia.

Ese decenio fue dominado por el contraste entre la reacción, que imperaba en las demás partes de Italia, y la transformación del Piamonte en un estado liberal. De este contraste no hay otra explicación sino la siguiente: en Piamonte, y en Piamonte solamente, los elementos moderados fueron bastante enérgicos y encontraron un apoyo suficiente en el Rey por un lado y en el pueblo por el otro, para neutralizar simultáneamente la reacción y la corriente democrática.

Los temas principales de esta lucha sobre dos frentes fueron tres. Primero: el restablecimiento de la paz exterior e interna. Segundo: el saneamiento de la situación económica. Tercero: las reformas necesarias para uniformar en la nueva constitución la estructura administrativa y judicial del estado.

El problema más urgente era, naturalmente, hacer la paz con Austria sin renunciar a las recién nacidas instituciones liberales. El primer paso en esta dirección fue responsabilidad y mérito exclusivo del nuevo rey, Vittorio Emanuele II, quien, al encontrar al Mariscal austríaco Radetzky en el Cuartel General de éste, el día después de la batalla de Novara y de la abdicación de Carlo Alberto, para fijar las condiciones de armisticio, se mostró conciliante en todo, excepto en lo que se refería al mantenimiento de la constitución en Piamonte. Por lo tanto, en este respecto, el joven soberano (tenía 29 años), al volver a su capital puso en las manos del gobierno una situación no comprometida. Se trataba de un gobierno débil o, mejor dicho, de gobiernos que se sucedían rápidamente uno a otro. Pero poco después, con el nombramiento de Massimo d'Azeglio como Presidente del Consejo de Ministros, los elementos moderados tomaron decididamente

el timón del estado. Al principio la ratificación del tratado de paz fue rechazada por la Cámara, bajo la influencia de los elementos democráticos, que con poco realismo invocaban la continuación de la guerra. Entonces el Rey, de acuerdo con d'Azeglio, disolvió la Cámara y publicó una proclamación (la famosa "proclama de Moncagliari") con el cual abiertamente intervino en la lucha electoral, recomendando la elección de diputados dispuestos a ratificar el tratado. Esta intervención del Rey sigue siendo criticada por los constitucionalistas, pero obtuvo el efecto deseado: la nueva Cámara tuvo una mayoría moderada y aprobó la política de d'Azeglio.

Con igual firmeza, d'Azeglio sofocó varias tentativas insurreccionales y controló los elementos revolucionarios, que no se resignaban a la derrota de la causa de la independencia italiana.

En esta doble obra de paz, Cavour, que poco a poco se había transformado en el *leader* de la mayoría, estuvo constantemente al lado de d'Azeglio. En el saneamiento de la economía piamontesa, arruinada por la guerra, tuvo una responsabilidad directa. En efecto, en 1850 entró en el Gabinete precisamente como Ministro de Agricultura y Comercio y de la Marina y un año después tomó también la cartera de Hacienda. En estos cargos, el autor de los ensayos sobre el comercio de los cereales y sobre los ferrocarriles puso enérgicamente en práctica sus teorías. Piamonte necesitaba dos cosas: finanzas sanas y desarrollo de su capacidad productiva. Cavour consiguió la primera con préstamos internos y externos, con nuevos impuestos (lo llamaron "il Conte delle Tasse", "el Conde de los Impuestos") y con la abolición de muchos gastos públicos inútiles. Consiguió la segunda despertando la iniciativa de los agricultores y de los nacientes grupos industriales, atrayendo el capital extranjero y liberalizando el comercio exterior con una serie de tratados y con la abolición del derecho de aduana sobre los cereales. Bajo su guía, en la economía piamontesa empezó a circular un aire nuevo, de audacia razonada y de repudio del paternalismo estatal, típico del setecientos. Hay entre los historiadores, hasta quién llama este período de actividad de Cavour en el sector económico su "momento poético".

Las reformas legislativas y judiciales (el tercero de los temas a los cuales aludíamos antes) interesaba en parte apreciable la posición de la Iglesia y, por lo tanto, llevó a los primeros conflictos con las jerarquías eclesiásticas y con el Vaticano.

El verdadero liberal no es anticlerical. En muchos casos es un católico observante y, aun cuando no lo es, respeta la religión por su valor tradicional y su contenido moral. Sin embargo, considera que la estructura del estado moderno es incompatible con ciertas prerro-

gativas de la Iglesia en el campo temporal, residuos de situaciones históricas precedentes. De allí muchos de los conflictos del siglo XIX, complicados, en Italia, por el hecho de que Roma era al mismo tiempo la capital designada por la Italia unida y la sede del poder temporal del Papa. Los "moderados" del Risorgimento, incluido Cavour, enfrentaron estos problemas con realismo. No se metieron, como Mazzini, en una competencia teológica con la Iglesia, pretendiendo prescribirle una cierta evolución y, en realidad, contraponiendo a la religión católica una especie de religión laica. Buscaron soluciones prácticas de problemas prácticos. Cavour, sobre todo, no quiso nunca ir más allá de lo que le pareció indispensable, trató siempre de llegar allí gradualmente y, en lo posible, buscó de antemano un acuerdo con el Vaticano. Hizo esto también en los últimos meses de su vida, cuando trató de incorporar Roma al Reino de Italia, de acuerdo con el Papa. Su actitud fue expresada en la famosa fórmula empírica: "Iglesia libre en Estado libre".

Pero no estamos todavía tan lejos. Por el momento se trata de reformas internas del Piamonte. La primera es la abolición del foro eclesiástico, que Siccardi, Ministro en el Gabinete de d'Azeglio, propone en 1850 y que la Cámara sanciona. La segunda es la institución del matrimonio civil, que la Cámara rechaza en 1852 y que no se aprobará sino trece años más tarde. La tercera es la supresión de ciertas corporaciones religiosas, confiscando sus bienes. Esta es aprobada en 1854, pero después de una áspera lucha, en la cual el Rey mismo tiene una actitud incierta, hasta que d'Azeglio interviene con una carta muy franca y casi dura. Pero, en ésta última oportunidad, d'Azeglio ha actuado como hombre político influyente y no como jefe del gobierno porque ya desde el octubre de 1852 el Piamonte tiene un nuevo Presidente del Consejo, en la persona del Conde de Cavour.

Hemos hecho el elogio del "moderatismo". Es tiempo de decir que su mayor mérito fue de no convertirse en "inmovilismo". La corriente democrática había combatido todas las iniciativas del gobierno: la paz, porque la consideraba ignominiosa y peor que una nueva abertura de las hostilidades; la política económica, porque tenía en esta materia ideas equivocadas y prevenciones tenaces; las reformas en materia eclesiástica, porque le parecían insuficientes. Pero había en esa corriente elementos susceptibles de adaptarse gradualmente al liberalismo, es decir, de formar una oposición en el sentido inglés y de aspirar legítimamente a tomar un día responsabilidades de gobierno. D'Azeglio era incapaz de conquistarlos porque los consideraba irreparablemente perdidos. Cavour, ya como Minis-

tro, buscó el contacto con ellos y llegó a un entendimiento con los menos intransigentes. Esto fue lo que se llamó el "connubio", es decir, la unión del centro-derecha de Cavour, con el centro-izquierda de Rattazzi y que, creando una nueva mayoría, provocó el reemplazo de d'Azeglio por Cavour.

Cavour llegó aún más allá. Confió en la posibilidad de colocar sobre el terreno de la realidad hasta algunos de los elementos revolucionarios. Gracias a su iniciativa y a su trabajo de persuasión, en 1857, se llegó a la creación de la "Sociedad Nacional". Este organismo, sin ser revolucionario, actuó en toda Italia como coordinador de los círculos patrióticos y mantuvo viva en ellos la esperanza en el triunfo final de la causa italiana. En la "Sociedad Nacional" muchos ardientes republicanos de antaño aceptaron el lema "Italia y Vittorio Emanuele". Así Cavour conquistó hombres de la envergadura de Manin, el dictador de la república véneta de 1849, y de Garibaldi. Solamente Mazzini fue refractario a su sugestión.

Si del cuadro del Risorgimento se borrara la figura de Mazzini una sombra lo obscurecería. No hay nada más justificado que la admiración por ese idealista y por el impulso que ha dado a la causa italiana, sobre todo, antes del 1848. Sin embargo, no se sirve la verdad cuando se niega que gradualmente la obra suya, ligada a un revolucionarismo estéril y viciada por un abstractismo incurable, se convirtió en un peligro permanente para la causa que pretendía servir. La serie casi ininterrumpida de levantamientos abortivos, inspirados por él en el decenio 1849-59, justamente indignaba a Cavour y a todos los que ya se habían dado cuenta que la Italia unida se haría gracias al liberalismo piemontés, o no se haría.

Es muy fácil tratar de dar la impresión de que la monarquía constitucional ha sofocado en la cuna la república democrática o subrayar el carácter aristocrático del liberalismo piemontés o denunciar los contrastes entre el Rey, Cavour, d'Azeglio, etc. Es, sin embargo, un juego inútil porque, por un lado, no puede suprimir la convergencia que se produjo entre las distintas fuerzas moderadas sobre un común denominador liberal y, por otro lado, no alcanza a demostrar que fuera de ese común denominador había la posibilidad de conseguir resultados concretos.

En relación con estas polémicas, Vittorio Emanuele merece unas palabras aparte. Lo hemos visto ya dar espontáneamente su adhesión a la causa liberal pocas horas después de la batalla de Novara, en condiciones trágicas. Esta adhesión no es contradicha sino confirmada por los desacuerdos que a menudo lo separaron de sus ministros y, en particular, de Cavour. En efecto, su falta de conformidad con lo

que a veces se le pidió que hiciera lo llevó, sí, a agregar un contributo personal, muchas veces utilísimo, a la obra final, pero nunca a salir del marco liberal en que esa obra se desarrollaba.

En sus relaciones con Cavour hay momentos de entendimiento completo, marcados a veces por manifestaciones alegremente entusiastas, como cuando el Rey escribe a un hombre político: "Yo y el maestro", (Es decir, Cavour), "estamos listos para cualquiera empresa, hasta para agarrar la luna con los dientes". Hay momentos de desacuerdo amistoso, que se expresa con señorial buen humor, como cuando el Rey dice a Cavour: "Usted puede permitirse una política tan atrevida porque tiene 150 mil libras de renta. Pero yo, si pierdo el trono, pierdo todo lo que tengo". Hay choques dramáticos, el más grave de los cuales se produce en el momento del armisticio de Villafranca y revela, por un momento, un Rey aún más grande que su ministro. Napoleón III, como veremos en un momento, interrumpe la guerra de 1859 antes de haber conquistado Venecia. Mientras que Vittorio Emanuele se resigna a lo inevitable, Cavour pierde la cabeza, se precipita de noche al Cuartel General, critica al Rey por haber adherido al armisticio y presenta su renuncia. Su lenguaje, siempre franco, llega a ser tan insolente que en un cierto momento el Rey pregunta: "¿Quién es el Rey aquí?" Entonces Cavour, fuera de sí, grita: "El Rey que los italianos reconocen soy yo". La reacción de Vittorio Emanuele le merecería, sola, un diploma de moderación. Dice, en dialecto piamontés: "Usted es un *birichin*" (palabra intraducible, que se aplica cariñosamente a un niño descarado), y, vuelto a uno de los personajes que asisten consternados a la escena, dice: "Lleve el Conde a la cama. Necesita descansar". Quizás, con otro soberano, su alejamiento del poder sería permanente. Pero, en realidad, seis meses después, Cavour es nuevamente Primer Ministro.

Ese Rey tiene razón cuando, años más tarde, en un momento de celo casi infantil, lamenta: "Se dice que Cavour ha hecho tal cosa, que Cavour ha hecho tal otra. Creo que algo he hecho yo también". La verdad es que "algo" y más que algo han hecho los dos y, con ellos, los que, para usar la frase feliz de un periodista italiano de hoy, "en diez años hicieron antigua la libertad en Piamonte".

V

Hemos, hasta aquí, recordado lo que Cavour ha hecho para crear la condición previa de un nuevo impulso hacia la independencia italiana: un Piamonte, al mismo tiempo libre y ordenado, en antítesis con las demás partes de Italia, todavía combatidas entre la

reacción y la revolución. Nos resultará, ahora, relativamente más fácil recordar la obra diplomática, que Cavour ha desarrollado para actualizar ese nuevo impulso. En este tema, frente a los admiradores incondicionales del "genio diplomático" cavouriano, hay los que creen impartir una lección de realismo al afirmar que Cavour no supo prever todo ni tuvo un programa definido y ni siquiera evitó graves errores, así que la unidad italiana salió de sus manos casi por suerte o *rebus ipsis dictantibus*. Son, éstas, dos caras de un mismo error. Por un lado se trata de crear un mito. Por el otro se supone la existencia de un mito para destruirlo en seguida. Sin embargo, no estamos frente a un mito, sino a una realidad bien concreta.

En una partida de ajedrez, ningún jugador, aunque sea campeón del mundo, puede prever el desarrollo del juego más allá de cinco o seis jugadas (cuando se ha tratado de calcular matemáticamente el número de las distintas maneras de empezar una partida, se ha visto que, en las primeras cuatro jugadas solamente, hay 300 mil millones de combinaciones posibles). Resulta, entonces, que el mejor jugador gana no porque haya preconcebido el desarrollo de la partida sino porque la jugó siguiendo ciertos criterios generales, aplicándolos a las distintas e imprevisibles circunstancias que se le han presentado y aprovechando los errores del adversario.

Algo semejante puede decirse de una acción diplomática de gran envergadura y sobre todo de las del siglo pasado, en que la fuerza brutal de las armas y las pasiones populares no jugaban un papel tan importante como hoy.

Los criterios generales, seguidos por Cavour durante el decenio de preparación, fueron dos:

Primero: Piamonte no podía declarar la guerra a Austria sino con el apoyo de una grande potencia continental, lo que, en la práctica, significaba con el apoyo de Francia.

Segundo: La identificación entre el movimiento de independencia italiano y la revolución democrática y republicana europea (identificación que era el fundamento mismo del pensamiento de Mazzini) tenía que desaparecer por completo. Al contrario, la independencia italiana tenía que ser presentada como el único medio para que Italia encontrara un equilibrio estable y se convirtiera en un factor de orden en Europa.

Ambos criterios comportaban limitaciones importantes en los objetivos que Piamonte podía asignar a sí mismo. Pero era indispensable aceptar esas limitaciones. Lo demás estaba en las manos de Dios.

Las distintas fases de la obra diplomática de Cavour durante el decenio son muy conocidas.

1854. Guerra de Crimea. Piamonte adhiere a la alianza franco-inglesa, envía un cuerpo de expedición a Crimea y, por lo tanto, obtiene la participación en el Congreso de París. Allí Cavour plantea el problema italiano, quejándose de la permanente inquietud, creada en muchas partes de Italia por regímenes autoritarios: sobre todo en los ducados de Parma y Mantova, en esa parte del Estado Pontificio que está ocupada por tropas austríacas y en el Reino de Nápoles. No obtiene nada de espectacular, pero logra lo esencial: establecer que hay una "cuestión italiana" todavía abierta; presentar el Piamonte como portavoz de toda la nación italiana; e irritar a Austria.

Entretanto ha empezado su obra de persuasión sobre Napoleón, el cual, ya un año antes, durante el viaje oficial de Vittorio Emanuele a París y a Londres, ha preguntado a Cavour: "¿Qué se puede hacer por Italia?" Muchas cosas inspiran a Napoleón para intervenir en Italia. Los recuerdos del pasado, es decir, de cuando joven entusiasta y, por el nombre que lleva, enemigo del orden establecido en Viena en 1815, ha conspirado con los "carbonari" italianos. La sed de gloria militar y el deseo de afirmar, gracias a ella, una posición preminente del Imperio francés en el concierto de las potencias europeas. Cierta aspiración a materializar el concepto, en que la Francia antilegitimista quiere ser tenida, de protectora de las naciones oprimidas. Muchas cosas, sin embargo, lo empujan en el sentido contrario. La evidente contradicción entre su calidad de jefe de un estado autoritario, surgido de un golpe de estado, y el papel de apóstol armado del liberalismo. La oposición de los ambientes clericales, de sus ministros y de su esposa a una política de aventuras. La ambición de ser considerado por los soberanos legítimos como uno de ellos y no como un revolucionario coronado. De allí las incertidumbres que procuran a Cavour alternativas de esperanza y de desesperación.

1858. En el famoso encuentro secreto de Plombières entre el Emperador y el estadista piamontés y en las negociaciones diplomáticas sucesivas todo parece arreglado. Se encontrará un pretexto para que Austria ataque el Reino de Cerdeña, de manera que Francia pueda intervenir sin cometer un acto de agresión. La guerra liberará Italia del norte, que será reunida bajo el cetro de Vittorio Emanuele. Toscana y los dominios del Papa, a excepción de Roma, formarán un reino de Italia central, cuya corona podrá, quizás, ser ofrecida a la Duquesa de Parma (se ha pensado también en el Príncipe Napoleón, primo del Emperador). Para el Reino de Nápoles, no se prevé nada. Pero, si el Borbón hace causa común con Austria, hay quien piensa en reemplazarlo con otro napoleónico, el Príncipe Murat, cuyo padre

había sido colocado sobre el mismo trono por Napoleón I. El Papa será el Presidente honorario de la Confederación de los Estados italianos. Saboya y Niza será cedidas a Francia. El Príncipe Napoleón se casará con la hija de Vittorio Emanuele.

El primero de enero de 1859, durante la recepción tradicional al Cuerpo diplomático, el Emperador dice al Embajador de Austria: "Siento que las relaciones entre nuestros países no sean tan buenas como en el pasado, pero le ruego que haga saber al Emperador que mis sentimientos personales hacia él no han cambiado". Hoy día esta frase sería considerada amistosa, pero en 1859 es un anuncio de guerra.

Diez días después, Vittorio Emanuele, inaugurando la sesión del Parlamento, dice: "No somos insensibles al grito de dolor que de tantas partes de Italia se alza hacia nosotros".

Todo parece arreglado. Pero no lo está.

En primer lugar, hay las incertidumbres de la última hora: la propuesta rusa, inspirada por el mismo Napoleón, de citar un Congreso, y la invitación a Piamonte de desarmar. No hay, en la historia diplomática del siglo XIX, páginas más dramáticas que las que se refieren a esa batalla, que por suerte termina con el *ultimátum* austríaco a Piamonte, es decir, con el *casus foederis* que obliga a Napoleón a entrar en guerra.

En segundo lugar, cuando las primeras victorias militares han liberado Milán, pero falta por liberar Venecia, Napoleón, de improviso, ofrece al Emperador de Austria un armisticio, sobre la base de la cesión de Lombardía a Piamonte y del mantenimiento de la situación precedente en las demás partes de la península. Es el armisticio que Vittorio Emanuele considera como una desgracia, pero al cual se resigna como a un caso de fuerza mayor y que, como hemos visto, trae consigo el alejamiento de Cavour del poder.

¿Qué es lo que ha provocado la decisión de Napoleón? Se ha hablado de la impresión que le han hecho los campos de batalla. Se ha hablado también del temor de un ataque por parte de Prusia. Sea como sea, el barco de la independencia italiana está una vez más en alta mar.

La guerra ha despertado nuevamente el espíritu revolucionario. No hay, en esto, nada que pueda sorprender. Durante el decenio, Cavour, a través de la "Sociedad Nacional", ha controlado muchos revolucionarios, para que no se movieran intempestivamente e irracionalmente. No para que no se movieran nunca. La guerra ha empezado apenas cuando Toscana, los ducados de Parma y Módena y una parte

del Estado Pontificio se sublevaran. Con excepción del Papa, los soberanos de esas regiones son expulsados de sus capitales y reemplazados por gobiernos provisionales. Es un revolucionarismo distinto de el de 1848, porque acepta casi sin reservas la *leadership* de Piamonte. Pero no aceptaría una nueva reacción.

La situación se hace terriblemente confusa. Vittorio Emanuele ha prometido Saboya y Niza a Napoleón. Pero Napoleón, que había prometido liberar a Venecia además que a Milán, ha interrumpido la guerra antes de cumplir con su obligación y ahora no puede pretender Saboya y Niza. Pero nunca ha prometido apoyar la anexión de Italia central al Piamonte y no se le puede pedir que lo haga ahora. El acto de armisticio prevé que fuera de Lombardía sean restaurados los regímenes anteriores. Pero Vittorio Emanuele no es ligado por esa cláusula porque, muy hábilmente, ha firmado ese acto con una reserva: "*Pour ce qui me concerne*". Entretanto, los gobiernos provisionales de Parma, Módena, Florencia y Boloña (es decir, de esa parte del Estado Pontificio que se ha sublevado) han proclamado la anexión al Piamonte.

Hacen falta casi diez meses para desenredar ese *imbroglio*. Es en gran parte mérito del Rey no solamente haber dejado pasar un cierto tiempo sin perjudicar nada sino también haber escuchado a menudo el consejo del ex Primer Ministro, es decir, de Cavour. A los votos de anexión, presentados solemnemente por los representantes de los gobiernos provisionales, no se ha contestado ni sí ni no. Pero se ha dejado que esos gobiernos procedan a una anexión *de facto*, extendiendo a sus territorios la legislación piamontesa. Cuando han ofrecido la regencia al príncipe de Carignano, primo del Rey, se ha encontrado un compromiso sutil. No se ha permitido al príncipe que acepte directamente la regencia, pero se ha dejado que la ejerza un delegado suyo.

En noviembre se ha firmado el tratado que confirma las condiciones del armisticio. Se proyecta ahora un Congreso para arreglar la situación de Italia central. Pero ese proyecto fracasa y, en diciembre, Cavour es nuevamente Primer Ministro.

Llega a tiempo para solucionar el problema. Lo que ha ocurrido en esos seis meses enseña que la restauración del estado *quo antes* en Italia central es una utopía. Además, se ha dado cuenta de que la guerra, hasta ahora, no ha traído a Francia ningún beneficio, ni siquiera la gratitud italiana, y ha robustecido la oposición interna. La anexión de Saboya y de Niza restablecería el equilibrio. Para conseguirla, hay que dar el bienestar a la anexión a Piamonte de los cuatro territorios mencionados. Cavour logra el acuerdo en este sentido. En

mayo de 1860 el Parlamento subalpino discute la ratificación de los tratados correspondientes. El debate es largo y escabroso. No es fácil hacer aceptar por un Parlamento la separación de dos provincias que durante muchos siglos han sido parte importante del estado. Además, mientras que Saboya es completamente francés, Niza, que hoy lo es también, en 1860 lo es geográficamente, pero sólo en parte, étnicamente. Cavour pronuncia el más elocuente, el más noble y políticamente el más eficaz de sus discursos. El tratado es ratificado. Hace tres semanas que Garibaldi ha desembarcado en Sicilia.

VI

En esos días una caricatura de un diario humorístico de Turín representaba a Cavour presenciando, cerca de Génova, el embarque de Garibaldi y de sus mil voluntarios. Lo presenciaba con los ojos vendados. Estaba allí, pero podía siempre jurar que no había visto nada. Actuaba con consciente duplicidad.

¿Era acertada esa caricatura? Sí y no. Es verdad que Cavour había permitido indirectamente a Garibaldi juntar hombres y armas para ir a Sicilia, donde unas semanas antes se había producido una sublevación (en realidad de poco alcance y ya casi fracasada). Pero esa expedición no era de ningún modo obra suya y despertaba en él grandes preocupaciones.

La situación en el Reino de Nápoles era muy distinta de la de Italia del norte y central. No había, allá, elementos "moderados" bastante fuertes para jugar un papel determinante. Si estallaba una revolución, no era fácil orientarla en forma tal que confirmara que la independencia y la libertad eran la única manera de convertir Italia en un factor de orden. El temor de complicaciones internacionales era justificado. Napoleón, después de lo que ha ocurrido, no ofrecía ningún apoyo. Inglaterra no tenía ninguna simpatía para el Rey de Nápoles y, desde que los liberales estaban en el poder, no estaba dispuesta a hacer nada para poner obstáculos a la independencia italiana; pero tampoco estaba dispuesta a darle un apoyo activo. Austria, si lograba tener un mínimo de respaldo de Rusia y Prusia, podía reaccionar como en 1848-49. Cavour veía presentarse al mismo tiempo la posibilidad de crear una Italia unida, más pronto y más completamente de lo que había pensado, y el peligro de perder todo lo que había ya conseguido.

Poco a poco, en su mente se va dibujando el camino que hay que seguir en esa circunstancia que se le ha presentado independien-

temente de su voluntad. Primero: hay que poner Venecia y Roma al abrigo de una nueva explosión revolucionaria. Venecia, porque para conquistarla se necesitaría un ataque directo a Austria. Roma, porque Napoleón mismo está comprometido a defenderla. Segundo: hay que imponer rápidamente a la empresa de Garibaldi el sello de la monarquía constitucional piemontesa.

Ninguna de las dos cosas es fácil. Garibaldi ha aceptado, lealmente y desde mucho tiempo, la fórmula de la "Sociedad Nacional": "Italia y Vittorio Emanuele" porque respeta el Rey y porque el Rey lo ha animado a intentar la empresa. Pero sus simpatías hacia Mazzini y el partido democrático son muy fuertes. Ese hombre valiente y sencillo es bastante generoso para poner su espada a la disposición de quien sea que quiera hacer la unidad italiana. Pero no quiere entender nada de maniobras diplomáticas, de prudencia, de períodos de espera. Además, Roma fue siempre su objetivo principal, no solamente como un hecho necesario a la realización de la unidad italiana, sino también para poner término al poder temporal del Papa. Finalmente, después de la cesión de Niza, su ciudad natal, odia a Cavour con toda la fuerza de su temperamento pasional.

Los acontecimientos se desarrollan con gran rapidez. En Sicilia, la llegada de Garibaldi ha hecho estallar una insurrección general, con caracteres de gran violencia y fanatismo. La resistencia borbónica se ha disuelto como nieve al sol. El gobierno dictatorial que Garibaldi ha establecido es un monumento de ineficacia y de confusión. En vano, desde Turín, se trata de poner a su lado consejeros capaces. Aunque sean ultra-democráticos, si por su boca habla el Gabinete de Turín, son automáticamente descartados.

Cavour trata de provocar en Nápoles una insurrección, que le permita intervenir antes de que llegue allí Garibaldi. Pero el tiempo se hace corto. Ya Garibaldi ha pasado al continente: entrará en Nápoles antes de que desembarquen los soldados piemonteses. Entonces, Cavour tiene otra idea. El Estado Pontificio comprende todavía además del Lazio y de Roma, dos regiones: Ombría y las Marcas. La insurrección que no ha estallado en Nápoles, estallará allí. El ejército real intervendrá allí y de allí podrá pasar por tierra al Reino de Nápoles, parando a Garibaldi antes que siga hacia Roma. Y así se hace, a pesar de las protestas del Papa y, paradójicamente, con el pretexto de restablecer el orden. Serán dos provincias más que se incorporarán al Reino de Cerdeña.

Pero Garibaldi no lo entiende así. El reino que ha conquistado quiere, sí, ofrecerlo a Vittorio Emanuele. Pero no sin reservas, no

en seguida, no bajo la forma de una pura y simple anexión a Piemonte. El Rey (son palabras textuales de Garibaldi) tiene que escoger: Garibaldi o Cavour.

¿El Rey? El Rey no quiere ni puede escoger. En Palermo y Nápoles Garibaldi es Dictador, pero en Turín hay un Parlamento. A ese Parlamento, refugio único e intangible de la libertad italiana desde 1849, Cavour pide respaldo para su política. Concede todo lo que puede conceder a la oposición. Declara que Venecia y Roma tendrán que ser, un día, italianas y que Roma será la capital de Italia. Pero no ahora, ahora el movimiento unitario tiene que someterse a los planes de aquel Gobierno, que sólo ha hecho posible su triunfo.

El respaldo del Parlamento decide la partida. Garibaldi pierde, como solamente los hombres grandes saben perder. Se presenta a Vittorio Emanuele y le entrega el Reino de Nápoles sencillamente, sin reservas, como un caballero antiguo en un romance de gesta.

Con Cavour, la pasión sofoca en Garibaldi sus cualidades mejores. Lo encuentra, cinco meses después, en la Cámara de Diputados, que pocos días antes ha proclamado oficialmente la transformación del Reino de Cerdeña en Reino de Italia. En un discurso violento, improvisado, no solamente critica a Cavour, sino que lo insulta, acusándolo de haber vendido su patria al extranjero. Por iniciativa del Rey, los dos hombres se encuentran unos días después en su presencia. Pero el Rey no logra que se estrechen la mano. Se han visto por última vez, porque dos meses después Cavour ha muerto.

VII

Turín ha perdido su más ilustre ciudadano. Ha desaparecido "papá Camilo", como decían los turineses, que lo veían cada día, cuando salía de su casa para ir a pie, con su paso rápido, al Ministerio o cuando, después de haber almorzado al Ristorante Cambio (que todavía existe y donde se indica a los turistas la mesa a la cual acostumbraba sentarse) cruzaba la Plaza Carignano para ir a la Cámara, cuya aula también se conserva intacta, tal como era en la última sesión, antes del traslado de la capital.

Los biógrafos de Cavour relatan detalladamente su breve enfermedad y su muerte, que indudablemente fue causada por el trabajo agotador y la tensión nerviosa de los últimos dos años, y nos dicen cuáles fueron sus últimas palabras.

Cavour, según esos relatos, murió diciendo "La cosa va", lo que

fue interpretado como: "Italia está hecha y está en camino". Si así dijo, dijo la verdad. A la unidad italiana faltaban todavía Roma y Venecia. Había que resolver todavía muchos problemas. Pero, en conjunto, el estado que acababa de nacer era un organismo viable.

Italia —"La cosa"— andaba.